

Aprensivo, siguió las instrucciones paso a paso. Lo hizo todo tal y como le habían dicho que lo hiciera. Tal y como lo había ensayado. Por el orden que le habían dicho y sin salirse un ápice de la rutina prevista. Siguió las instrucciones al pie de la letra, mucho le iba en el envite. Aquella era una tecnología todavía en fase experimental y no quería ser el protagonista de un error. Por eso ya había ejecutado con anterioridad un millón de veces esa partitura en su cabeza; ahora se trataba, simplemente, de ponerla en práctica. Primero se sentó en su puesto. Después se trabó las piernas con las cinchas y se abrochó el cinturón. Apoyó ambos brazos en el reposabrazos indicado. Apretó los puños. Cerró los ojos, deseando no estar ya allí cuando los abriera, aunque sabía que no, que aún quedaban otros diez minutos para comenzar su viaje. Pero hubiera dado cualquier cosa por estar ya en la Tierra. Algo zumbó y las luces parpadearon. La inquietud creció hasta convertirse en temor. Era lógico, no sólo era la primera vez que era teletransportado, iba a ser, además, el primer individuo teletransportado. Miró a su alrededor. La Estación de Teletransporte era un diminuto cuartito bañado en luz blanquecina, con el espacio justo para su asiento y un espejo.

—¿08, sabes qué es lo que más me jode de esto del teletransporte?

—... que nunca sabes si al otro lado va a haber otro tú...

12.01 minuto de la noche. 1 de enero de 2008. Había aparecido allí, sentado en la fría porcelana de la taza del váter Roca y con los pantalones por los tobillos. Hacía calor y, sobre todo, una pegajosa humedad, en aquel cubículo blanco alicatado hasta el techo. Miró a su alrededor. Un pequeñísimo espacio de un metro de ancho por uno y medio de largo y dos de alto, tres metros cúbicos escasos, forrados de azulejos blancos y suelo de baldosas. Blancas. Como las madres supersticiosas con sus hijos primogénitos, se contó los dedos de manos y pies, incluso se palpó las dos orejas y la punta de la nariz. Sí, parecía que todo estaba en su sitio. Era su primer teletransporte y la verdad es que se sentía raro, incómodo. Pero no le dio más vueltas. Seguramente se trataba de su falta de práctica. Se levantó, se subió los pantalones, se abrochó el cinturón y empujó la puerta. Pero ésta, tozuda, no cedió; y lo que era peor, más patético, rebotó y, tras trastabillar, volvió a sentarse en la taza. Decidió que quizá fuera mejor tranquilizarse y estudiar su nueva situación. Estaba en un compartimiento enano, del mismo tamaño que la cámara del teletransporte, sentado en una taza de váter blanca, esperaba que en algún lugar del planeta Tierra. Conque, resol-

vió, casi que iba a averiguar cómo se salía de allí y luego ya vería...

—¿08?

No hubo respuesta.

Estaría en un sótano, a unos cinco metros de profundidad como mínimo, que era la distancia máxima que la señal de OC08/LTb era capaz de penetrar en la tierra. Y si estaba bajo la superficie, en algún sitio detrás de la puerta debería haber una escalera. O un ascensor. Sólo era cuestión de abrir la puerta y encontrarlo.

¿Abrir la puerta?

Probó a empujarla otra vez.

Nada.

Volvió a empujarla. Más fuerte.

Nada, de nuevo.

Harto, cerró los puños y golpeó el contrachapado. Un estruendo feroz rompió la tranquilidad del cubículo. Un rugido atronador que no atronó en vano: sirvió para acallar la blasfemia galáctica que profirió al destrozarse los puños; y, además, para alertar a alguien: unas décimas de segundo más tarde oyó unos pasos por la escalera. Ahí fuera habían oído el ruido y bajaban a comprobar qué pasaba.

—¿Hay alguien ahí?

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo Orión con su mejor sonrisa. Eran las tres primeras palabras que debía decir en la Tierra. Le facilitarían la entrada en el nuevo planeta, le habían dicho.

—Feliz Año Nuevo —le desearon sin mucho entusiasmo desde el otro lado—: ¿No puede salir?

—No —respondió—, me he quedado encerrado aquí dentro y ahora no puedo salir.

—Se habrá vuelto a atrancar la puerta. Un momento, voy a buscar al encargado de mantenimiento.— Y volvió a oír los pasos en la escalera, pero esta vez en sentido inverso: según aumentaba la distancia, disminuía la intensidad del sonido. No pasó mucho tiempo antes de que otra vez se encontrara allí solo, en

silencio. ¿Cómo podía ser que una placa de aglomerado de unos tres centímetros de grosor le impidiera avanzar en su camino hacia la conquista del planeta Tierra? Coño, ni que aquello fuera una cámara estanca blindada. En éstas estaba cuando recordó lo que su entrenador le había repetido tantas veces: la tecnología de la Tierra no podía siquiera llamarse así. La solución, de haberla, tenía que ser muchísimo más sencilla. Simple. Simplona. Se volvió a sentar en la taza y miró la puerta. Aquello metálico que había a la altura de sus ojos debía de ser un cerrojo. Movi6 la patilla metálica que sobresalía y accion6 el pestillo. A ver...

Nada.

No había manera.

Se sent6 de nuevo y mir6 el cubículo. Golpe6 la pared a su espalda. Parecía bastante resistente. Golpe6 las de los lados. Lo mismo. La puerta seguía siendo el punto más vulnerable. ¿Podría abrirla de una patada? Seguro que, si golpeaba con ambas piernas a la vez, aquella madera cedería. Se recost6 contra la pared, apoy6 las manos en la taza y lanz6 las piernas. Dos misiles enfundados en zapatillas de deporte último modelo partieron en dirección al contrachapado. Tres milisegundos para el impacto. Dos milisegundos para el impacto. Un milisegundo para el impacto. ¡Un momento! Si le daba semejante patada a la madera, además de romperla, el ruido atraería de nuevo al personal del lugar, tendría que dar explicaciones por la puerta rota y, sobre todo, adi6s a su anonimato... Cuando por fin logr6 detenerse, sus pies no estaban a más de tres micras de su objetivo.

Y en ese instante se abri6 la puerta.

—¿Sigue usted ahí? —era la misma voz de antes, pero ahora venía acompañada de otra un poco más grave, la clásica voz del encargado de mantenimiento. Firme, potente y disciplinada.

—Sentimos haberle hecho esperar. Nos hubiera gustado venir antes, pero no se puede ni imaginar cómo está el salón de arriba. Lleno a rebosar. Creo que desde 1929 no se vendían tan-

tas invitaciones para la fiesta de Fin de Año. Debe de ser algo que pasa los años de crisis.

Frente a él estaban los dos empleados, que se disculpaban por no haber podido abrir antes aquella maldita puerta, aquella jodida chapa de madera. Dos hombres de mediana edad, uno vestido de blanco, con delantal y gorro de cocinero; el otro con un mono verde claro iluminado por unas letras serigrafiadas que decían: OPERA BAR, OPERA HOUSE, SÍDNEY. Dos trabajadores rezando ante un cliente, no ya por una propina, sino para no ser demandados. Y tras ellos, vio una hilera de lavabos, todos blancos y resplandecientes, cada uno con su grifo. Y, coronándolos, un enorme espejo, limpio como una patena, tanto que reflejaba perfectamente su situación: y, al verse allí, pensó que para demandas estaba él, pillado en la taza de un váter, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas, como si aquel cubículo fuera la maternidad de un hospital y los dos operarios el ginecólogo y la comadrona.

—No se preocupen. Muchas gracias. —Y se dispuso a salir. Recogió las piernas, las apoyó en el suelo, se puso en pie y dejó atrás las disculpas de los trabajadores.

Antes de que se dieran cuenta, ya iba escaleras arriba. Según subía aumentaba el volumen de la fiesta: un cóctel de música, gente hablando, risotadas y algún grito esporádico. Efectivamente, el salón de arriba debía de estar a rebosar. No había llegado al último escalón y ya el ruido le impedía oír sus propios pensamientos. Con crisis o sin crisis, la dirección de la sala no iba a olvidar fácilmente aquella fiesta de Fin de Año.

—¿08, estás ahí?

—Afirmativo —respondió, encantada porque Orión había dado señales de vida, la voz metálica de OC08/LTb, un satélite geoestacionario situado a más de 1,07 años luz de la Tierra. 08, como lo llamaban sus allegados, era el último juguete de la tecnología gliesana. Un superordenador programado para acompañar, vigilar y cuidar a su compatriota allí donde se encontrase y, aunque

éste es un dato aún no confirmado por los servicios de inteligencia, informar al cuartel general gliesano de sus desventuras. Un superordenador ubicuo, además. Porque para que fuera eficaz debía dar cobertura a su compañero en todo momento, estuviera donde estuviese. Por eso estaba instalado en un pequeño satélite a la distancia suficiente para que no fuera detectado por ningún sistema de vigilancia de los conocidos en la galaxia. Y, además, tenía la facultad de comunicarse con su compañero y transmitirle datos mediante la integración en su flujo de conciencia. Cuando uno disponía de un 08, la sensación era la misma que tener dos cerebros.

—¿Dónde estamos?

El único problema de 08 era que sus señales no podían penetrar a más de cinco metros bajo la superficie. Y sin las señales de OC08/LTb uno estaba, en términos gliesanos, muerto.

—Orión, estás saliendo de los aseos y a punto de entrar en la sala principal. Hoy están celebrando la fiesta de F...

Pumm. Ssssss. ¡Plam!

—¿Orión? ¿Qué haces? ¿Qué pasa?

Orión se había agazapado tras el respaldo de la primera fila de asientos que encontraba todo el que volvía de los aseos. Y, mientras lo hacía, había empujado un taburete al suelo. En cuclillas y con las manos apoyadas en el suelo, como un resorte, preparado para saltar en cualquier momento, se resguardaba de las miradas de los allí congregados. Quienes, por otra parte, no habían reparado en él. Todavía.

—08 —susurró—, nos hemos confundido. Hemos aparecido en el lugar equivocado.

—¿Cómo que en el lugar equivocado?

—Sí. Nadie me había avisado que íbamos a aparecer en un cuartel.

—¿En un cuartel?

—Sí, un cuartel. Y en uno muy extraño, además. Mira qué uniformes llevan. Esos conos de colores, brillantes, en la cabeza... Y en el cuello, esas tiras de pelo, chillonas también.

—Orión —dijo ya más relajado OC08/LTb, que comprendió qué sucedía—, no es un cuartel. Ni eso son uniformes. O, al menos, no son uniformes militares. Esos conos de colores y esas tiras que rodean su cuello son el traje típico de todo terrícola que acude a un cotillón. Están celebrando la fiesta de Fin de Año. Un evento de carácter anual que celebra el paso de un año a otro. En la Tierra, todas las culturas que miden el año en base a un calendario anual celebran la fiesta de Fin de Año. Pero no todas lo hacen el mismo día. Para quienes viven en sociedades gobernadas por el calendario gregoriano, la transición entre un año y otro se da en la noche del 31 de diciem...

—08, un segundo, con tanto ruido ni siquiera me oigo a mí mismo. —Orión ya había dado sus primeros pasos entre la multitud. Sí, aquello estaba imposible—. Voy a intentar salir de este sitio. Te busco, ¿vale?

—De acuerdo. Sigue la pared de la derecha y encontrarás la salida.

La sala era de un barroco minimalista estremecedor. Ese vacío sobrecargado, y no sólo de gente. Un espacio semicircular acristalado, con vistas a la bahía, poblado de mesas y lámparas de cristal, todo iluminado por pequeñas bombillas que simulaban ser velas, y transitado por cientos de camareros de uniforme y clientes, también uniformados, con bermudas, camiseta clara, gorro cónico de colores chillones y matasuegras. Una monotonía sólo rota por las narizotas con gafas de plástico y bigote. Por fortuna, la penumbra que reinaba en el local y la aglomeración de personal no permitían disfrutar de aquella decoración de estilo ecléctico, aquel remedo inglés entre el minimalismo y el costumbrismo turista. Al fondo, un pequeño escenario daba cobijo a una banda de música que destacaba más por el volumen con el que interpretaba que por la fidelidad con la que versionaba clásicos del pop. No se detuvo a contemplarla y siguió la pared de la derecha, en la medida de lo posible. Codazos, gritos, susurros y matasuegras. El local estaba hasta la bandera y más allá.

Aforo completo. Y todos y cada uno de los asistentes se encontraba en ese momento en el que la bebida ha degenerado en euforia y la euforia en una amalgama etílica de sudor y bonhomía. La humanidad, o al menos la humanidad allí reunida, estaba celebrando el Fin de Año, ese evento de carácter anual que celebran...

—¡Feliz Año Nuevo! —le deseó una boca pegada a una copa de champán. Y le plantó un beso en la suya.

—¡Feliz Año Nuevo! —le deseó él, orgulloso de dominar ya la etiqueta local.

Y la boca alzó la copa y le invitó a brindar. Él, educado, contestó en seguida: cogió la copa más cercana que encontró y le pegó un trago.

Como vio que su respuesta debía de ser la adecuada, se lanzó a brindar por un año lleno de felicidad con todas las bocas que se cruzaban por su camino. Según avanzaba por la pared de la derecha, mientras esquivaba mesas, camareros y comensales, lanzaba a diestro y siniestro sus parabienes para el año entrante y recibía, de forma análoga, las correspondientes congratulaciones de las mismas mesas, camareros y comensales con quienes se cruzaba. Tanta era la intensidad con que lo hacía, tanta su destreza en el manejo de las normas de la buena sociedad, que un par de felicitaciones después ya le habían rellenado la copa de aquel líquido amarillo y espumoso; y dos cumplidos más allá ya engalanaba su cuello un delicado espumillón dorado. Sólo le faltaban el gorro de colorines y el matasuegras para parecer el perfecto experto en cotillones, pero por desgracia no tuvo tiempo para hacerse con ellos: la salida del local estaba a menos de tres pasos. Bastaría con lanzar un par de felicitaciones más para que aquella pareja que franqueaba la puerta le abrieran paso.

Y así salió a la calle.

—¡Joder, llevo en la Tierra casi media hora y lo único que he conseguido es salir de un antro!

—Del Opera Bar... —le corrigió 08.

—¿De dónde...? —pero no había terminado la pregunta cuando se arrepintió de haberla formulado. Frente a él había un enorme neón, brillante como una nave espacial, con el rótulo OPERA BAR. Conque el local que acababa de abandonar era un bar... «Exclusiva oferta de menús familiares con las mejores vistas de la bahía de Sídney», rezaba debajo del tubo fluorescente.

—Opera Bar. Un local turístico en el centro de Sídney, un rincón espectacular debajo de esa nave espacial que es el Opera House a cuya bahía, tal día como hoy, acuden todos los años varios centenares de miles de terrícolas a celebrar la primera gran celebración de Fin de Año del planeta Tierra...

—¿Opera House? ¿Sídney? Bueno, pues ya estamos aquí. Ahora sólo hay que encontrar al que manda y tomar posesión de este planeta.

Y se pusieron a andar.

—¿Hacia dónde, 08?

—Depende de tus intenciones.

—¿Mis intenciones? Tomar la Tierra, y cagando leches...

—Entonces lo mejor es que vayamos a comunicar nuestra llegada a las autoridades para que tomen las medidas oportunas —afirmó 08, con tal aplomo que parecía haber vivido esa situación antes—. Empecemos por Dawes Point, bajo el puente de la bahía, allí seguro que nos topamos con alguna autoridad. Conocido en lengua aborigen como Tar-ra, Dawes Point fue el lugar donde el sargento William Dawes, oficial astrónomo de la Armada inglesa, estableció el primer observatorio astronómico de las antípodas. Fue, también, sede del primer arsenal de Australia... Hoy es, además, un lugar privilegiado para disfrutar del espectáculo pirotécnico que conmemora el Año Nuevo —apuntó OC08/LTb, mientras dejaban atrás ese ovni navideño, esa tarta ácida que es el Opera Bar durante las fiestas, cuando el Opera House está resplandeciente y la espesa negrura del mar se convierte en la pantalla perfecta para potenciar el resplandor de las 7 472 bombillas amarillas que iluminan el local y su periferia.

Empujados por el resplandor que dejaban atrás, avanzaban Sídney adelante, camino del centro neurálgico de la ciudad, del lugar en que en ese momento estaría todo Sídney: el puente de la bahía. Los fuegos artificiales —los más fabulosos que esa noche se darían en el planeta Tierra—, que en ese instante comenzaban a destellar de nuevo, refulgían a lo lejos como si de un ataque aéreo se tratara.

—El puente de la bahía de Sídney —continuó— es el lugar donde los australianos se congregan para celebrar el Año Nuevo. Según estimaciones oficiales, esta noche han acudido 5 003 409 terrícolas a la plaza para ver bajar la bola azul, un récord absoluto, 1 055 356 sídneynianos más que en el año 29, el año de la Gran Crisis. ¿Por qué los años de crisis se acumula más gente frente al puente de la bahía de Sídney en Nochevieja? Para responder a esta pregunta hay dos escuelas de pensamiento enfrentadas. Algunos expertos consideraban que la razón estriba en...

Pero como era habitual cada vez que 08 se lanzaba a conferenciar, Orión ya había desconectado. Como quien conduce por la noche con un programa de radio de fondo, no le hacía mucho caso pero agradecía la compañía. Y a 08 parecía no importarle. Así que siguió hablando sobre la celebración de Fin de Año y su relación con las crisis económicas. Porque ellos dos habían aparecido en el lugar de la Tierra donde se registraría el primer segundo del primer minuto del año que se iba a recordar como el año en que estallaría la mayor crisis económica de la Historia. El funesto año 2008. Un año que les brindaría la oportunidad de ser testigos del hundimiento de las instituciones y los mercados bursátiles de todo el mundo, del aumento de las tasas de paro hasta cifras insospechadas y de las mayores índices de inseguridad social jamás registrados...

Y ellos habían venido a arreglarlo.

O mejor dicho, ellos habían venido a ser los campeones.

Gliese 581 c, o GL 581 c, es un enorme planeta que orbita alrededor de la enana roja Gliese, en la constelación de Libra, a

unos 20,5 años luz, unos 205 billones de kilómetros de la Tierra. Con una masa cinco veces mayor que la terrestre, un radio ecuatorial 1,5 veces el terrestre y una gravedad de 2,2 atmósferas, tarda 13 días terrestres en completar una vuelta alrededor de la enana roja. Gliese 581 c saltó a la fama en la Tierra porque es el planeta extrasolar con más posibilidades de albergar vida encontrado hasta la fecha. La temperatura de su superficie, entre -3 y 45 °C, permite la existencia de océanos, donde los científicos terrícolas conjeturan que podría haber alguna forma de vida. Y si esa vida es inteligente, mejor que mejor.

Pero no sólo es eso, GL 581 c es, además, el hermano mediano de un sistema de tres planetas que incluye a GL 581 b y GL 581 d.

Gliese 581 c es un planeta muy agradable en el que nacer, sobre todo en la estación templada. Y no sólo por sus condiciones climáticas, sino porque, desde hace ya incontables generaciones, en GL 581 c viven en armonía 18 459 308 habitantes, quienes han construido una apacible sociedad de la que han desterrado esclavitudes como la pobreza, el trabajo o la guerra. El gliesano medio vive unos 235 años, más que suficiente, según sus cálculos, para que cualquiera tenga tiempo de disfrutar y aburrirse, a partes iguales, con las maravillas del Universo. Los gliesanos se consideran a sí mismos máquinas de aprender, fundamentalmente; así que, durante el tiempo que dura su estancia entre los vivos, dedican sus horas a instruirse. Han hecho de la vida una academia. Pero conocedores de su más profunda naturaleza, esa academia no se limita a dar una clase tras otra para profundizar en el conocimiento de asignaturas más o menos abstractas y sin demasiada aplicación a su realidad más inmediata, no; esos conocimientos están enfocados a una meta con la cual comulgan todos los gliesanos: empollar todas las maneras posibles de dar por culo a los habitantes de sus planetas hermanos. Porque nada genera tanta fascinación en un gliesano como vencer, derrotar y humillar a sus convecinos de GL 581 b y GL 581 d en toda com-

petición imaginable. Desde el concurso de mates en un deporte muy parecido al baloncesto hasta partidas simultáneas de ajedrez o la construcción de castillos de arena imposibles. La clásica rivalidad *inter familias*, que es la más profunda, oscura y la que más excita el ingenio. Una rivalidad potenciada, además, por un rapidísimo desarrollo tecnológico. Allí, las edades de piedra, bronce, hierro, agrícola, atómica, cuántica y solar se sucedieron a tal velocidad que en los libros de historia escolares se cuentan en un mismo capítulo.

Pero a lo que dedican más capítulos, muchos más, es a todos los héroes gliesanos que han conseguido vencer a sus convecinos en alguna prueba. Poetas, ingenieros, matemáticos, deportistas, niños prodigio o comedores de perritos calientes. La nómina de gentes con algún talento especial, o simplemente curioso, que han conseguido someter a su competencia interplanetaria es enorme y, sobre todo, venerada por las siguientes generaciones de gliesanos como los católicos veneran a su santoral. Con la diferencia de que los primeros sí que han hecho algo útil para sus conciudadanos. Así, aquel niño sabio que sabía realizar sumas de más de trescientos dígitos fue quien aportó la solución al problema de cálculo que impedía la fabricación de un prototipo de máquina de embutir salchichas en grandes cantidades. O aquella profesora de lengua que fue el primer gliesano capaz de construir palíndromos de más de veintitrés sílabas, cuya lógica matemática sirvió de modelo para la construcción de estructuras complejas, capaces de sustentar varias decenas de toneladas de peso durante centenares de metros, más tarde conocidas como «puentes». O el maestro en esgrima, que creó en su pequeño laboratorio de aficionado una nueva aleación de estaño, latón y mercurio capaz de soportar una torsión de casi 75°, mil veces más flexible que el florete más dúctil existente hasta ese momento, y que revolucionó el material con el que se construirían los muelles y otros resortes. Había una amplísima galería de gliesanos cuyo único nexo en común era haber derrotado a los habitantes de sus planetas

vecinos en algún torneo, gracias a que habían sabido explotar sus distintas habilidades hasta límites insospechados.

Y la nueva promesa, el delfín de toda esa serie de héroes, era Orión.

Un chaval de treinta y nueve años, vestido con una camisa de franela de cuadros azules, camiseta blanca de algodón, pantalones vaqueros raídos en las rodillas y zapatillas de deporte blancas y cordones de colores. El clásico postadolescente introvertido y dubitativo, que se alimentaba básicamente de pizzas precongeladas y refrescos azucarados, que pasaba su tiempo escuchando música estridente de letras existencialistas y leyendo novelas de ciencia ficción cuyos personajes viajaban a lejanos planetas en busca de vidas si no mejores, al menos sí alternativas. Un chico normal de Gliese 581 c de no haber sido por la extraordinaria destreza con que manejaba los videojuegos de simulación, éstos en los que el jugador es un ser supremo todopoderoso y el juego un ecosistema, una especie, una civilización que evoluciona en función de las decisiones tomadas por ese dios menor. Gracias a su pericia, la suya había sido una trayectoria plagada de victorias, pero que no había comenzado dentro de la más estricta legalidad. Cuando cursaba primero, consiguió introducirse en el ordenador central del colegio y manejar a su antojo todos los procesos logísticos: las notas se entregaban el día que Orión quería y él siempre tenía doble ración de helado. Durante algunos meses manejó en la sombra todos los recursos de su centro escolar, y nadie sabe cuánto habrían durado esos tejemanejes si no hubiera pretendido deslumbrar a Osiris, la líder del equipo de animadoras, quien, asustada por la capacidad de manipulación de Orión, lo había denunciado al consejo escolar.

Pero por fortuna, el director del consejo en vez de llevarlo ante las autoridades, supo valorar positivamente las cualidades de su díscolo alumno, y tuvo el buen juicio de inscribirlo en el Programa de Entrenamiento para Futuros Retadores de Gliese 581 b y d, bajo la disciplina de Will Wright, exigente profesor de estrategia y computación, y eminente experto en juegos de si-

mulación. Desde que entró en la academia su carrera fue triunfal. Primero con el Simulador de Termitas. Muy pronto Orión fue el rey de la colonia más poderosa del planeta. Después asombró a todos con su capacidad estratégica en el juego de Simulación de Alcaldes, al conseguir que, sólo mediante una recaudación de impuestos más justa y equitativa, los habitantes de su ciudad constituyeran un ejército voluntario para liberar a las otras ciudades de sus alcaldes opresores. Pero el colofón llegó con Sim-Gliese 581 c, una plataforma virtual en la que el jugador controlaba todas las variables que intervienen en la evolución de un planeta y sus habitantes. A partir de un puñado de axiomas invariables, las leyes de la física, el jugador podía decidir sus estrategias para conseguir un planeta poblado por una civilización dominante, capaz de subyugar a los habitantes de sus planetas hermanos, en clara referencia a GL 581 b y d. El dominio fue tan aplastante, tan abrumadora su superioridad, ya incluso desde los primeros estadios del juego, que Will Wright se vio obligado a comentar entre sus allegados que jamás había visto un caso semejante de coordinación entre el análisis estratégico y la consecución funcional. Aclamado como la promesa de una larga nómina de héroes que habían conseguido derrotas a sus convecinos, le fue proporcionado el último equipamiento desarrollado por la tecnología gliesana: el novísimo OC08/LTb.

Y, juntos, estaban a punto de saltar el seto que separaba el Opera House del resto de la ciudad...

—¡Bienvenidos a The Rocks! —08, sabedor de que en momentos como aquél su discurso se convertía en mero ruido ambiente, decidió disfrazarse de guía turístico—: Como todo el mundo sabe en Australia, The Rocks es el lugar donde se estableció el primer asentamiento inglés en las antípodas. Es la ciudad vieja de la ciudad de Sídney. En los últimos años ha sufrido una profunda renovación hasta convertirse en uno de los centros económicos más importantes de la urbe, punto de referencia para el turismo... ¿Orión, qué haces ahí parado?

Monumentos aparte, las pegajosas calles estaban repletas. Parecía que nadie abandonaría aquello hasta el final del espectáculo pirotécnico. Quizá fuera la acumulación de personal o quizá fueran los altos edificios, tan similares a todas las ciudades que había conocido en su vida o quizá fuera una combinación de ambas cosas, pero Orión de pronto tuvo una extraña sensación de familiaridad, como si él ya hubiera visto aquella ciudad.

—¿Hacia dónde, 08? —preguntó Orión antes de llevarse la copa a la boca. Vaya, estaba casi vacía.

—De frente, por Hickson Road, todo recto.

—Al mogollón, vamos.

—Al mogollón, como tú dices —asintió 08.

Habían llegado a Dawes Point, a los pies del puente de la bahía. Ellos y media ciudad de Sídney. Aquello era una fiesta en toda regla. El tráfico cortado, las luces navideñas en todo su esplendor, la música atronando desde no se sabe qué altavoces... y sobre todo, confetis. Muchísimos confetis. En el aire, creaban formas caprichosas que eran empujadas por corrientes de aire aún más caprichosas; en la ropa y el pelo, como una segunda piel, como escamas de un ser humano evolucionado; en el suelo, sucio, una extemporánea nevada de copos multicolores que, fundida con el polvo de la calle, la humedad y el agua, creaba una capa de barro lisérgico. De vez en cuando, una cara reaccionaba a un codazo y, ebria, levantaba la copa y gritaba:

—¡Feliz Año Nuevo, muchacho!

—¡Feliz Año Nuevo! —brindaba Orión con el énfasis del que pronuncia las palabras mágicas. Y, tras dejar que el terrícola llenara su copa, sorbía otro trago.

Así, sin saber cómo, de pronto él también estaba disfrazado para la fiesta. A la serpiente de espumillón que brillaba sobre su camisa de franela de cuadros azules y la copa de champán con la que brindaba a la salud de los asistentes al Opera Bar, ahora se sumaba el cono de cartón plastificado, de colores chillones y motivos festivos, que coronaba su cabeza, sujeto por una gomita

que se agarraba desesperada a su garganta sin que nadie pudiera decir cómo había llegado hasta allí. Sólo le faltaba el matasuegras para lucir el traje regional, perfectamente integrado entre la población local.

—¿Y cómo vamos a saber quién es el que manda aquí?
—preguntó divertido a OC08/LTb.

—Habrá que preguntarlo...

—Pues sí que me estás ayudando, sí... —Y soltó una carcajada.

Volvió a llevarse la copa a la boca antes de girar sobre sí mismo con la intención de vislumbrar, aunque fuera de refilón, alguna autoridad. Alguna señal de autoridad. Pero entre la multitud era prácticamente imposible ver nada. Seguro que allí habría varios centenares de policías, uniformados y de paisano, además de algún que otro político, también uniformado, o sea, de paisano. Pero a estos últimos sería imposible distinguirlos de la multitud a menos que hubiera un micrófono al que hablar... Así que sería más fácil encontrar a la policía.

—Perdona, sólo quería saber si te apañarías tú solito —se excusó la inteligencia cósmica—. Allí, a tu derecha... allí hay un policía. Vamos a acercarnos.

—Querrás decir que me acerque yo, ¿no?

Efectivamente, a unos ciento setenta y siete codazos a su derecha había un policía. Un agente enfundado en su camisa de manga corta azul clara, protegido del cielo por una gorra de plato azul oscuro y con gafas de pera de cristal oscuro. Unos cuarenta y cinco codazos después, «perdone, me permite, gracias», pudo observar que el vigilante pertenecía al cuerpo de tráfico, el NSW. Su función allí no era vigilar rateros y otros chorizos menores, sino aliviar el tráfico una vez se hubiera restaurado la normalidad. Estaba ya a apenas treinta codazos cuando el uniformado se fijó en él, sorprendido al ver la determinación con la que se acercaba el extraño. Debió pensar que se trataba de una emergencia, porque tras dar unos pasos en dirección a Orión, pidió a la gente

que allí se agolpaba que abrieran un pasillo. Y la gente, más o menos voluntariosa, dejó un delgado espacio por el que avanzar.

—Muchas gracias, agente, buenas noches —comenzó Orión—. Necesito hablar con el oficial al mando.

—¿Aquí? ¿Esta noche? —Y el agente, tras mirar a su alrededor, concluyó guasón—: Yo mismo.

—¿Usted? —confirmó Orión. Pues no había sido tan difícil; y para celebrarlo vació la copa—. ¿Hay algún sitio tranquilo en el que podamos hablar? Vengo desde muy lejos para ayudar a su planeta a superar la crisis...

—¿Tranquilo? ¿Planeta? ¿Crisis? —La mirada del policía, la sonrisa cómplice al ver el espumillón plateado, el gorro ladeado y, sobre todo, la copa vacía—. Anda, tira por ahí, chavalote... ¡Y feliz Año Nuevo!

Y, descojonado, el policía le dio la espalda y desapareció entre la muchedumbre.

—Me temo —dijo 08— que ésta no va a ser una buena estrategia de entrada.

Pero Orión ya había visto a otro policía. De pronto, toda la plaza estaba llena de policías. Es que cuando uno sabe lo que busca, todo es más fácil. Como esos juegos de percepción en los que tienes que buscar una forma oculta entre un fondo indistinto. Encontrar la primera forma cuesta una barbaridad; pero, a partir de ahí, una vez encontrada, el ojo ya sabe qué tiene que buscar, o mejor dicho, el cerebro ya se ha hecho con un patrón, y las estrategias de aproximación comienzan a surgir una detrás de otra. Los policías florecían como setas el primer día de sol después de una temporada de lluvias. Eso o que los policías tienden a brotar con el alcohol. Vaya, otra vez se había terminado la copa. Qué poco duraba la bebida en la Tierra. De cualquier manera, ahora sólo restaba decidir cuál de todas aquellas formas con porra y pistola estaba más cerca.

—Feliz Año Nuevo, agente. ¿Podría hablar con usted un segundo...?

—Igualmente. Dígame.

—No me va a creer—. Quizá 08 tuviera razón y hubiera que utilizar otra estrategia de entrada, más suave—. Sé que lo que va a escuchar va en contra de todo lo que ha aprendido hasta ahora...

El agente miró la copa vacía. Y Orión, consciente de la mirada inquisidora del policía, quiso dejarla en el suelo. Pero justo en ese instante se le acercó otro fiestero y la rellenó. Educado como era, Orión se vio obligado a responder levantando su copa y catar el contenido.

—Ande, joven, diviértase, que un día es un día. ¡Feliz Año Nuevo!

Esta vez ni siquiera le había dejado exponer su caso. El policía había desaparecido entre la multitud antes de que pudiera decir nada. Eso sí, ese champán era muchísimo mejor que el otro. Pues nada, no se iba a dejar amedrentar tan pronto. A por otro agente.

—Tienes otro justo a dos metros a la derecha, detrás de ese señor obeso.

—¿Señor obeso? Jajaja, —dijo achispado Orión, mientras se acercaba a su presa—. Eres más cursi que un repollo con lazo...

—¿Perdone? —El señor obeso se había dado por aludido. Y la alusión parecía no hacerle ninguna gracia. Era un tipo de esos que han hecho de la obesidad el tercer problema de salud del planeta Tierra, sólo por detrás del cáncer y las enfermedades cardiovasculares. Una de esas personas que están al menos 45 kg por encima de su peso ideal. Y éste estaba muy por encima

—¿Pasa algo? —El que faltaba, otro miembro uniformado del NSW.

—Este tipo, que me anda insultando sin que yo le haya hecho nada —dijo el ofendido—. Se ha acercado y me ha faltado, supongo que para pasar el rato, porque yo no le he hecho nada. Y ya estoy hasta las pelotas. Siempre pasa lo mismo, basta que

esté pasándomelo bien para que en seguida aparezca un gracioso y me joda la noche...

La noche se la hubieran jodido a Orión si no se llega a escabullir entre el gentío, como habían hecho los otros policías antes. Aprovechando el anonimato que otorgaba la multitud, desapareció del lugar a toda prisa. Desde luego, no podía decir que se le dieran bien las fuerzas del orden de la ciudad de Sídney. Y, visto lo que vendría después, casi sería más apropiado afirmar que se repelían. Porque Orión aún lo intentaría con una docena más de oficiales y siempre con el mismo resultado: una felicitación de Año Nuevo en el mejor de los casos. Algunos se habían partido de risa al escuchar su argumentación, eso cuando le habían dejado plantearla; otros habían puesto cara de hastío, hartos de ser el punto de referencia y centro de ayuda de todos los lunáticos del puente de la bahía de Sídney; y aun otros lo habían ignorado y, como si no existiera, habían seguido con sus tareas de vigilancia. Todas las reacciones habían seguido el mismo patrón, salvo una que se había salido de la norma. Había sido un agente bajito y delgado, joven, con pinta de irlandés despistado, quien, después de escuchar atentamente su perorata, había preguntado:

—Pero ¿qué os habéis tomado hoy? Eres el tercero que me cuenta la misma historia esta noche.

¿El tercero? Había dos más, y allí, en la misma plaza.

—Pues ya sabes quiénes son... —confirmó misterioso OC08/LTb.

No, Orión no lo sabía. O, mejor dicho, sí lo sabía, los dos que se habían anticipado eran otros tantos enviados de los planetas hermanos de GL 581 c. Sus rivales. Pero él ya estaba a otra cosa. Se hallaba concentrado en bailar la conga sin perder el compás. Cogido de los hombros de un sesentón ataviado con chaquetón de piel de cordero y gorro de vaquero, y seguido de una chica de mediana edad, vestida con lo que debía ser un incómodo traje de fiesta, levantaban todos la pierna al unísono al ritmo

de la música, formando una serpiente multicolor de la que sólo se apeaban para refrescarse con otro trago de champán y brindar por el Año Nuevo. Desde luego, su aclimatación a la cultura local había sido muchísimo más rápida y completa de lo esperado. Animado por el alcohol y sugestionado por la música y la multitud, se había dejado llevar, había olvidado aquello por lo que había viajado más de 20,5 años luz: hacerse cargo de aquella simulación planetaria y con su pericia, estratégica y ejecutiva, ayudar a la raza humana a superar la crisis, primero, y, sobreponiéndose a sí misma, saltar al siguiente escalón de la evolución tecnológica. Un simple vino espumoso de fina aguja había echado a perder sus planes.

Porque Orión estaba borracho.

Ebrio.

Ciego.

Mamado.

Cocido.

Aún no había cambiado de canción el pinchadiscos del puente de la bahía de Sídney cuando el organismo de Orión reaccionó al champán igual que lo hacen la mayoría de los organismos terrícolas. O sea, mal. Primero un mareo le hizo perder comba en la conga y, trastabillando, abandonó el corro. Qué curioso, él se había parado pero el puente de la bahía de Sídney seguía moviéndose. Durante un microsegundo pensó que quizá se debiera a que el puente era móvil, que algún mecanismo permitía que girase. Pero bastó otro microsegundo para que saliera de su error. Una arcada se fundió con un eructo que se fundió con una vomitona estelar, no en vano era la primera pota extraterrestre de la historia de la Tierra. Abrió la boca y por allí surgió el equivalente gliesano a los cacahuets que daban en los vuelos intercontinentales antes de la crisis: vomitó el tentempié que había tomando justo antes de teletransportarse para la Tierra. Un torrente ácido, mezcla de residuos orgánicos extraterrestres y champán a medio digerir, por el que seguro que más de un cien-

tífico hubiera dado beca y media para hacerse con una muestra, aunque tan sólo fuera un par de centímetros cúbicos, de aquel líquido viscoso que decoraba el asfalto sídneyniano.

—¿Orión?

Había perdido el conocimiento.

—¿Orión, qué te pasa?

Se había desenchufado.

—¿Orión, estás bien?

Orión ya no estaba allí.

—¿Orión...?

Bienvenido al planeta de los ebrios.

Orión estaba a varios millones de años luz de allí. Toda la plaza se había puesto a dar vueltas, cada vez más rápido, al ritmo acelerado de la música, hasta que Orión había perdido el equilibrio. Estaba tumbado sobre la capa de confetis húmedos y sucios que cubrían el suelo de Sídney, inconsciente, rodeado de paramédicos que intentaban reanimarle después de colocarlo en la posición lateral de seguridad, cuidando que la vía aérea permaneciera permeable, y protegido de la multitud, que no podía reprimir agolparse curiosa, alrededor del cordón de seguridad que habían establecido los agentes de policía. Pero la parte de él que no era su cuerpo, ya no estaba allí. Se había adentrado en ese territorio brumoso que no deja huella en la memoria, salvo un dolor de cabeza descomunal al día siguiente: el coma etílico. Pero si iguales parecían ser los efectos de la ingesta masiva de alcohol en terrícolas y gliesanos, no lo eran tanto los remedios, como muy pronto comprobaron los servicios paramédicos. Una vez subido el cuerpo a la camilla, y ésta a la ambulancia, procedieron a suministrarle una solución glucosada y vitamina B1 por vía intravenosa. Al ver que una vez pasado el plazo habitual para la reanimación del sujeto, éste seguía sin reaccionar, procedieron a buscar rastros de un posible traumatismo craneoencefálico, tan frecuente en los casos de embriaguez extrema. La inspección resultó negativa y, sin encontrar otra explicación al coma, decidie-

ron trasladarlo al hospital más cercano para profundizar en las causas del desvanecimiento y aplicar mejores tecnologías de reanimación.

08, mientras, no lo perdió de vista ni un segundo. Desde su residencia geoestacionaria a 1,07 años luz archivaba todos y cada uno de los movimientos, o mejor dicho, de los no-movimientos de Orión. Fue testigo de cómo era introducido en la ambulancia, de cómo ésta se puso en marcha y, sirena a todo trapo, partió camino del hospital más cercano. Desde aquella magnífica distancia observó cómo los enfermeros desembarcaban el cuerpo y lo introducían a todo correr en el primer cubículo disponible. Fue espectador de las innumerables pruebas a las que fue sometido y de lo inesperado de sus resultados. Pero, sobre todo, asistió a la llegada de dos agentes que tomaron posesión del cuerpo inanimado y extraterrestre; y su traslado en furgón blindado hasta unas instalaciones reservadas en el puerto de Sídney y, lo que era peor, a más de cinco metros por debajo del nivel del mar.

Silencio.

Había perdido a Orión.

Cuando el gliesano despertó, lo primero que hizo fue llevarse la mano a la frente para comprobar si el clavo que sentía estaba efectivamente allí. Pero al agudo dolor de cabeza se le sumó el pánico de no poder mover el brazo. Sin embargo, segundos después se tranquilizó al descubrir que, si bien no podía mover el brazo, sí podía mover los dedos. O sea, que no era parálisis. Simplemente estaba atado a la cama. ¿Atado? Lo último que recordaba era que estaba en una plaza abarrotada de gente con la música a todo volumen, bailando, cuando, de repente, plaza, gente y música habían comenzado a dar vueltas a su alrededor. Y ahora estaba... ¿dónde estaba? Echó una mirada a su alrededor. Estaba atado de pies y manos a una cama en una sala en penumbra,

vestido con un pijama de hospital y enganchado a una botella de líquido transparente por una vía intravenosa, practicada en su antebrazo izquierdo. Y más allá de éste, una sombra parecía estar esperando que se despertara.

—¿Ya ha vuelto en sí? Bienvenido. Soy la agente especial Ana Baptista...